

En respuesta y homenaje a Rosa Chacel

Las respuestas llegan tarde, es decir, llegan cuando el que las escribió ya no está. Sin embargo, respondemos a ellas —el que es capaz de responder— con tanta pasión como si hubieran llegado a su destino. Y no sólo pasión, porque pasión es algo que puede ser gratuita prodigalidad, desbordante: respondemos o tratamos de responder con rigor, con exactitud, con miedo a errar, como si el que las formuló pudiera decirnos: «¡No es eso!»... Pasamos horas desentrañándolas, en un acto de fidelidad con una deuda sagrada. Y seguramente hay quien piensa que podríamos gastar nuestro tiempo en algo más útil, pero no, porque no hay nada más útil. No hay nada más útil que entender lo que otro quiere decirnos (...). Esto lo sentimos especialmente los que somos artifices de cachivaches, los que forjamos con palabras nuestras figuraciones, que quedan al margen, que parece que no tienen nada que ver con lo que está sobre el tapete... Y no, no tienen. Tienen que ver con lo que está debajo. Entonces no nos queda más que esperar que algún día... ¡quién sabe!... Hay que tener paciencia, aunque sepamos que la respuesta no llegará a tiempo... (Rosa Chacel).

Esperemos que sí, que llegue a tiempo. Porque estas palabras que voy a escribir quieren ser una respuesta a esa carta que Rosa Chacel nos ha ido escribiendo a lo largo de su dilatada vida creadora. Una respuesta y un homenaje a la obra de esta mujer cuyo nombre debiera brillar en las más altas cimas de nuestras letras. Y digo debiera porque no vamos a negar que, aun contando con la admiración de figuras señeras y con una esforzada crítica que va aproximándose por recto camino hacia su comprensión, el nombre de Rosa Chacel no ha alcanzado todavía el puesto que merece, la privanza honorífica que se debe a quien, con constancia ejemplar y extremado rigor, continúa legándonos una prosa de elevadísima estatura. Podríamos ironizar con el simulado Pierre Menard borgiano —aunque Rosa abomine de la ironía— alegando que la mayor incompreensión, y quizá la peor, es la de la gloria. Ella misma ha escrito, en palabras de uno de sus más memorables personajes, que «la inteligencia es incompatible con la vanidad». Porque no es el fúnebre fasto del libro de texto lo que reclamamos para Rosa Chacel, y si se me apura, ni siquiera el laborioso borda-

do erudito que resalte los oros de una obra ya de por sí espléndida. Lo que el escritor espera en su fondo más íntimo, es el reconocimiento en el acto, único y plural a un tiempo, de la lectura. Leer: *legir*: entender. Reconocimiento en el espejo del libro, miradas que se encuentran, cartas que reciben respuesta. Encuentro en el ameno lugar —de tan difícil acceso— del conocimiento. Rosa Chacel ha ido sembrando esta semilla de esperanza a lo largo de toda su obra: inmensa minoría de lectores que recojan su atesorada alcancía de tan riquísima herencia. En su deseo, es verdad, hay una mezcla paradójica de orgullo y humildad. Es una cuestión importante que no vamos a dejar escapar.

Midamos, entonces, en peso específico, las cualidades de una obra que alcanza su grado máximo de intensidad en una insobornable y directa mirada a la Belleza y a la Verdad. Son palabras graves. Lo sabemos. Palabras que renuevan su significado platónico, que lo repueblan desde el hecho cierto de nuestra irrenunciable —y conquistada— individualidad. Palabras que regresan, incorporándose al ritmo de este tiempo: cargadas de presente tendido hacia el futuro. El ejercicio literario de Rosa Chacel está entregado al abrazo total —por auténtico— que funde estas palabras, tan altas, en el acto genésico de la creación. Bien podemos afirmar que ha tocado fondo, que se ha atrevido a penetrar el corazón del laberinto donde se esconde el callado secreto, el latido vital; la flor del tiempo abriéndose desde el origen, llegando hasta él desde la estación primigenia: la fe. Apasionante aventura que podemos descifrar, pues nos guiará siempre la luz más segura: la forma de una voz. Esa voz, profundamente sabia, integérrima y tan nítida que casi puede tocarse: se hace visible en el signo que la expresa. Esa voz que lentamente comenzó a ser escuchada hace poco más de una década, aunque con cierta parcialidad y, no hay que tener miedo a decirlo, con alguna que otra resistencia.

Porque Rosa Chacel parece estar presente en muchos lugares (insistencia de quien tiene algo importante que comunicar), pero su obra no termina de subir a las tablas del amplio escenario crítico que descubra la versatilidad y la potencia de sus innegables valores. Por supuesto, Rosa Chacel es una escritora difícil y comprometida consigo misma; y no exige menos del lector: le compromete activamente. Luis Suñén nos lo recuerda con unas palabras que, estoy convencida, cualquier lector chaceliano suscribiría:

La obra de Rosa Chacel exige el esfuerzo de comprender que el descenso a la nada o a los abismos de la culpa o a una infancia consciente o a una esperanza frustrada lleva aparejado una lectura despiadadamente personal, como ocurre con todos y cada uno de los textos de la historia literaria que no han sido escritos en vano. Se trata de una verdadera aventura intelectual y quien la emprende debe saber que este esfuerzo no es fácil y que la comprensión estará hecha a partes iguales de dolor y placer, de satisfacción y tristeza.

Este gozo y este dolor, esta satisfacción y esta tristeza, a veces simultáneos, otras intermitentes, tienen, como explica Suñén, una razón esencial de ser: la cosmovisión chaceliana, el universo que expone, tiende una escala hacia la hondura, desciende hasta la raíz, se sumerge en el fondo...; y ese buceo por la interioridad humana, ese paseo por el enigma, compromete y, por lo mismo, asusta. Produce vértigo. Un vértigo que Rosa nos transmite en alguno de los pasajes trágicos que se alzan en sus novelas. En las creaciones de Rosa Chacel suenan ecos profundos, no sólo introspectivos. Es cierto, desde luego, que ella poseía su particular hilo de Ariadna, su talismán luminoso..., y no nos lo ha hurtado en su obra. Ahí está, en el engarce precioso de sus letras. Puede tomarse, prenderse con absoluta confianza. Esto es, con fe. Quien se acerque con *inocencia* —esa palabra que tanto peso tiene para Rosa—, y con los ojos bien abiertos sabrá verlo enseguida.

Inocencia y fe. Si Rosa emprende su intenso periplo desde estas dos situaciones —estaciones— primordiales, el lector debe también acercarse desde ellas. Suspender su avisado ánimo, y creer. Porque el acto de la comunicación —o la correspondencia, en este caso— exige que quienes se sientan a compartir manjares en una misma mesa, estén colocados en una posición de igualdad. Y de ahí, a mi juicio, provienen las resistencias a que antes aludí. Me explico con más amplitud. No se trata exactamente de que el lector se vea compelido, en principio, por la molesta sensación de estar en desigualdad de condiciones, como un perito inexperto que no ha sido adiestrado en la materia singular que ahora se ha cruzado en su camino, pero sí quizá se atrinchera, paralizado, ante el temor —legítimo por otro lado— de no atrapar enteramente el universo complejo que se extiende ante él. Un universo al que Rosa se enfrenta sin ambigüedades y que, sin embargo, no permite el acceso directo, pues es en la línea curva, en el espacio circular, donde al girar como el derviche, halla sustancia, cobra sentido. Prácticamente todos aquellos que han escrito sobre nuestra novelista se detienen en un comentario semejante. La penetración en ese mundo es dura: pide constancia, quiere rigor. Virtudes que ya señalé en Rosa. No obstante, esta primera resistencia puede vencerse con facilidad. Las novelas de Rosa Chacel —cuando se leen como deben leerse las obras coherentes, y ésta lo es— no van a jugar al escondite con el lector, no van a sustraerle los datos necesarios que le hagan —o ayuden— a comprender: Rosa ha cultivado con celo ese prurito de honestidad que la honra, y puede comprobarse en muchas de las reflexiones de su *Alcancia*. Tampoco ha de defraudarle, pues no promete nada que no cumpla. Incluso la utilización de recursos tales como la elipsis —y la elusión— suponen, más que un robo o un escamoteo, una vía de agudizamiento perceptivo tan exquisita que

lo que en realidad muestran son silencios henchidos, cargas de inefabilidad que estallan ante nuestros ojos como un prolongado fuego de artificio. Si algo no dice la voz, si algo no puede decirse, que actúe la mirada y, en ella, la *visión*. En la obra de Rosa Chacel la visión se desnuda de sus velos, se yergue en la plenitud de la forma. Se trata, en efecto, de artilugios poéticos que no se encuentran incómodos en la tramoya de la prosa. El lector aprende a avizorar sus sentidos y, no cabe duda, los afina en la sutileza más que en la sugerencia.

Su dificultad, por tanto, no reside en la impresión segura de su prosa, aunque al ser reflejo —al nombrar— verdades oscuras haya de caminar muy despaciosamente para no errar transcribiéndolas. Y esa lentitud, también es cierto, puede exasperar al lector poco paciente, al lector acostumbrado a que todo se le dé hecho. Su claridad, en fin, es lo difícil. Porque difícil es también para ella alcanzarla y transmitirla: lograr que la vidriera sea atravesada por el rayo sin mancillarse —acto sagrado, acto de iluminación genésica que Eros preside—, como en aquellas palabras exactísimas de Juan de la Cruz que voy a permitirme la complacencia de traer aquí:

Está el rayo del sol dando en una vidriera; si la vidriera tiene algunos velos o manchas o nieblas, no lo podrá esclarecer y transformar en su luz totalmente como si estuviera limpia de todas aquellas manchas y sencilla; antes tanto menos la esclarecerá cuanto ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas, y tanto más cuanto más limpia estuviere. Y no quedará por el rayo, sino por ella; tanto que, si ella estuviere limpia y pura del todo, de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo, aunque, a la verdad, la vidriera, aunque parece el mismo rayo, tiene naturaleza distinta del mismo rayo; mas podemos decir que aquella vidriera es rayo o luz por participación. Y así el alma es como esa vidriera, en la cual siempre está embistiendo o, por mejor decir, en ella está morando esta divina luz del ser de Dios por naturaleza, como hemos dicho.

No es otra la tarea que se propone Rosa Chacel, y en varias ocasiones ha aludido a la misma metáfora de la vidriera para hablarnos de las pretensiones a que aspira su obra. Así el lector ha de ir ajustando su paso en esta huella —nunca vacilante, más bien decidida— que va imprimiendo Rosa en la búsqueda de la luz. Por ello su lento caminar, sus giros constantes imantados hacia el norte, van conformando la sombra de un temor que se avista muy pronto en sus novelas: Rosa Chacel teme, y tiembla, ante el error, ante la mancha, pues ama la perfección de la Belleza; y lo teme tanto, limpiando con tan sinigual cuidado sus cristales, porque error significa desvío, mirada invertida y, cómo no, mentira. Y puede parecernos obstinada, producirnos una impresión de escrúpulo tal que linda con la terquedad. Más tarde agradeceremos esa fidelidad empecinada que atiende a la Verdad, pues hace posible que *sea*, tangiblemente. Rosa Chacel no se ha permitido una sola mentira, ni siquiera esos púdicos engaños —esas